



UNA REFLEXIÓN *GENERIZADA* SOBRE “LA EXPERIENCIA MIGRATORIA” ENTRE MUJERES BOLIVIANAS RESIDIENDO EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES.

Miranda González Martin

He realizado este trabajo a partir de algunos datos de una investigación que me encuentro desarrollando para mi tesis doctoral, que consiste en un estudio etnográfico de la experiencia cotidiana de las personas vinculadas a un agrupamiento político de la zona sur la Ciudad de Buenos Aires. El objetivo es abordar los escenarios y procesos de politización de la vida cotidiana, recuperando una perspectiva que integra el género y el cuerpo como dimensiones inescindibles de la experiencia. Mi investigación no se propone un abordaje desde la antropología de las migraciones, sino desde la antropología política. Sin embargo, los barrios en los que me encuentro realizando la misma se caracterizan por su altísimo porcentaje de personas migrantes de países limítrofes, especialmente Bolivia. Al reconstruir las trayectorias de estas personas encontré que la “experiencia de migración” aparece en los relatos tanto como escenario, como trama de trayectorias que ponen en tensión las construcciones genéricas, ya sea reforzando los roles tradicionales de género, como desafiándolos, transformándolos y/o resignificándolos. En este trabajo, desde una perspectiva de género y a través de datos de campo y algunos retazos de estas trayectorias, me propuse reflexionar acerca de la manera en que la “experiencia de migración” es significada en la vida cotidiana, para discutir con los enfoques que ven en esta experiencia ya sea un lugar de pasiva fragilidad, o de ruptura total con los estereotipos de género. Para ello me centré en las mujeres del agrupamiento citado, que participaron de un “espacio de mujeres” que se desarrolló durante 2008 y parte de 2009.

Aclaraciones preliminares: el peligro de ver las personas como categorías y las categorías como cosas

Constantemente desde los medios de comunicación, las ONG, pero también desde las aulas donde dicto cursos de antropología, escucho narraciones sobre unas “otras” que son las mujeres de sectores populares, las mujeres pobres, especialmente aquellas que han migrado desde países limítrofes. Muchas veces con la “buena intención” de denunciar violencias a las que estos conjuntos poblacionales se enfrentan, se construyen categorías que las engloban en grupos homogéneos, y desde los cuales se las caracteriza de manera estereotipada. Entre mis comprometidas/os estudiantes



de trabajo social se escuchan frases perdidas del estilo “estas mujeres hacen todo por sus hijos” o “las bolivianas son muy honestas y trabajadoras”, etc.

No es poco frecuente, cuando nos proponemos estudios con perspectiva de género sobre mujeres con algún tipo de experiencia de organización, o con una experiencia como la de migrar, que ellas aparezcan significadas de manera pasiva. Esta pasividad en algunos casos parece resultar negativa, reduciendo sus prácticas a estrategias para la obtención de recursos materiales, o a una simple extensión del rol social de la mujer como cuidadora de los miembros del hogar. En otras ocasiones, por el contrario, estas mujeres “mágicamente” aparecen transformadas por completo por atravesar una experiencia de organización, por la migración (González Martín, 2008)¹. Algunas autoras (Gregorio, 1997;² Magliano, 2007³) señalan el peligro etnocéntrico (y de sesgo evolucionista) de pensar que las inmigrantes mejoran su condición de vida como mujeres al insertarse en las más “modernas” sociedades receptoras, por tener (en teoría) éstas roles de género menos tradicionales. Pero además de etnocéntricas, estas afirmaciones son falaces. Las relaciones de género, como su nombre lo indica, son relaciones, no roles fijos, y por lo mismo la fragilidad o desigualdad que puedan implicar no esta atribuida a tareas concretas que puedan adjudicárseles a varones o mujeres, sino a como estas son significadas socialmente, y de que manera posicionan a las/os sujetas/os. Como señala Magliano⁴, para el caso de las bolivianas residiendo en la Argentina, la desigualdad de género se articula con otras desigualdades sociales (etnia, clase, origen nacional, etc), profundizando la subordinación y marginación de la mujer. Si pensamos además en una argentina post 2001, caracterizada por planes de asistencia social vinculados a la participación en organizaciones sociales y políticas, podemos sostener con Massollo (1999)⁵ que estas actividades terminan siendo para las mujeres una pesada y fragilizante tercera jornada, que se suma a la jornada del trabajo remunerado y la segunda jornada del trabajo doméstico impago.

En síntesis, si no atendemos a la manera en que categorías tales como las de “mujeres de sectores populares”, “mujeres pobres” y/o “mujeres migrantes” son construidas, corremos el riesgo de reificarlas, presuponiendo que son antes que mujeres (y personas con capacidad de agencia),

¹ González Martín, Miranda. “Caminando Juntas”: reflexiones sobre las tensiones de género entre mujeres inmigrantes participantes de un agrupamiento de desocupados del AMBA”. 2008. En Actas del IX Jornadas de Historia de las Mujeres- IV Congreso Iberoamericano de Género. Universidad Nacional de Rosario- Universitat de illes Balears. Rosario.

² GREGORIO, Carmen, “Las relaciones de género dentro de los procesos migratorios: ¿reproducción o cambio?”, en Virginia Maquieira y María Jesús Vara (eds.), *Género, clase y etnia en los nuevos procesos de globalización*, Madrid, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1997.

³ MAGLIANO, M. José “Migración de mujeres bolivianas hacia Argentina: cambios y continuidades en las relaciones de género”, *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 14. 2007.

⁴ Idem Nota 4

⁵ Idem Nota 4.



parte de un colectivo casi metafísico, que determina sus modos de ser y estar en el mundo. A la vez, así como corremos el riesgo de dejar de ver personas para ver “categorías”, nos enfrentamos también al peligro de cosificar categorías, como la de género, al perder la perspectiva relacional y atender solamente a los roles contextualmente asociados a uno y otro sexo. Además de la reificación, en la investigación social nos enfrentamos a otros riesgos epistemológicos como el de la sobredeterminación de la “racionalidad”.

La trampa de los “motivos” y los “por qué”

Una parte importante de los enfoques de las ciencias sociales se caracterizan por marcos racionalistas, que re-actualizan la perspectiva weberiana y ubican las acciones de los sujetos como acciones racionales, estratégicas ya sea respecto de cuestiones materiales o valores. Cuando nos referimos a las personas que migran esta causalidad mecánica aparece con frecuencia. Así, se supone que los migrantes de países limítrofes siempre migran por “razones” económicas, y dentro de este conjunto poblacional se distingue entre “maneras culturales” de migrar. Entre estas construcciones sobre “maneras de migrar” aparece una narrativa que ubica la migración boliviana como “familiar”, y a la mujer siguiendo a su pareja o familia.

Sin duda el factor económico es indiscutible en prácticamente la totalidad de los casos de personas bolivianas que migran a la Argentina. Sin embargo las teorías hegemónicas referidas a la migración siguen refiriéndose casi unilateralmente a la dimensión económica, desatendiendo la particular combinación de presiones e incentivos de carácter económico, social y político que influyen en la decisión de migrar. Sumado a esto, existe una narrativa en la cual las mujeres bolivianas son referidas como sujetos pasivos, que no migran solas, o como desición personal, sino para acompañar a sus maridos, o para cumplir un “mandato natural” de re-unificación familiar. Las trayectorias de las mujeres con las que me relacione en el trabajo de campo permiten realizar algunos señalamientos que contradicen esta unilateralidad. Varias relatan su venida a la argentina como un acompañamiento al marido que tenía mejores perspectivas laborales, pero en el caso Jacinta de 38 años y Alvina de 32, ellas emigraron sin que un marido o hijos las esperaran allí. Recurrieron a hermanas/os u otros familiares o amigas/os, pero estas/os funcionaron como contención en el nuevo lugar de residencia, y no como motivación para migrar.

Más allá de lo multidimensional de los relatos, Jacinta se centra en la dimensión económica, mientras que Alvina coloca como hito una experiencia traumática.



“..me robaron toda mi platita y la mercadería que yo iba y traía, y bueno, como estaba en la frontera, yo tengo mis hermanos aca, y les llame, como es que estaba la vida acá, por que allá estaba muy difícil. Les llame y me dijeron que si, que para la mujer trabajo hay en la argentina, y bueno, me anime al rato y me vine, sin pensar dos veces me vine. ...”(Jacinta, 38 años)

“Y si, y yo estuve embarazada ...a los diecisiete, lo tuve, nació con seis meses, y después murió...Vivió cuatro meses, fue horrible, no sabia que hacer (...)era tan chica, casi me volví loca (...) a los diesiete, después de eso que paso, me vine sola. Bah, sola no, solita yo, pero con un grupo de amigos, una amiga que me trajo con su marido y sus hermanos”(Alvina, 32 años)

Pero aún en los casos en donde las mujeres relatan haber “seguido a sus maridos” la realidad es más compleja. El “motivo” de seguir al marido o reencontrarse con hijas/os es una respuesta casi automática a la pregunta “¿por qué migraste? Sin embargo, al reconstruir las trayectorias, estas mismas mujeres trazan tramas complejas que las ubican como decidiendo (individual o familiarmente) y no meramente siguiendo a sus parejas, como en el caso de Seferina.

“Yo me vine acá para acompañar a Evo [su marido] (...) mi hermano se había venido a Buenos Aires, decía que si había trabajo, que se estaba bien, y mandaba algún dinerillo para la mami (...) Evo había estado en España, pero ya después la cosa se puso difícil, y yo le dije que se volviera, y que nos viniéramos (...) me vine al principio con mi hija, con la mas chica, después, como mis chicos, los mas grandes, estaban estudiando se quedaron allá, y después, al año, vinieron.” (*Seferina, 40 años*)

En este sentido, debiéramos poner atención en la manera en que este enfoque de las “motivaciones” no es de cierta manera una lógica construida por la misma investigadora (o investigador), que al construir preguntas que apelen a la “racionalidad” obtiene las respuestas correspondientes (Goodwin, Jasper, Pollera, 2001)⁶. Además, en mi experiencia de campo, la lógica de la racionalidad economicista también aparece desafiada cuando algunas mujeres hablan de aquellos aspectos de la vida en la Argentina que les agradan más que Bolivia. En el caso de Celina y Seferina las condiciones de vida en tanto mujeres aparecen valoradas más allá de la situación económica en si misma.

“...Yo en Bolivia, sería una puta, eso, si! No se ría! Mis hijas no son de mi marido, son de otros hombres con los que yo estuve, sólo mi hijo es suyo, el menor (...) Por eso es que yo tampoco me voy a Bolivia, porque la vida de allá. es mas dura, además los prejuicios están, yo esa vida no quiero(...) ya no me adaptaría a eso. No quiero eso para mis hijas, obedecer al marido, y nada más...” (Celina, 34 años)

“a muchas les pasa de aguantar lo que sea del marido, una violencia, por miedo a que nos deje, pero después, a mi me pasó, cuando me vine para la Argentina, y empecé a trabajar, hacer plata y aprender a respetarme, ya nunca más toleré ni que me levantara la voz. Yo creo que mucho de eso de soportar violencia viene porque las mujeres estamos muy metidas en la casa, sin nadie con quien compartir, sin trabajo, y entonces nos sentimos solas, desamparadas, por eso lo soportamos a veces” (Seferina, 40 años)

Mientras que en el caso de Jacinta esta situación económica aparece estrechamente vinculada al “ser” mujer.

⁶ GOODWIN, J. JASPER, J. M. y POLLETTA, F. “*Passionate politics. Emotions and social movements*” Chicago, The University of Chicago Press. 2001



“...allá en Bolivia por ejemplo las mujeres no tenemos la posibilidad de trabajar, no hay fabricas como acá en la Argentina (...) solo hay trabajo para los varones. Para mujeres no, ellas son dedicadas a la casa...”(Jacinta, 38 años, septiembre de 2008).

Sin embargo, la relativa mayor independencia de estas mujeres en la Argentina no puede pensarse como valida para todas las dimensiones de la vida. Jacinta, a la vez que resalta su mayor acceso al trabajo remunerado en tanto mujer, señala algunos otros aspectos de la vida en Argentina, que lejos de liberarla, expresa que “encierra” a ella y las/os suyas/os.

“De mi país extraño todo, la misma gente, acá, en síntesis, todos estamos muy encerrados. Mis hijos, por ejemplo estan muy encerrados. Solamente salen del colegio, del colegio a la casa. Porque no se puede salir, no hay esa confianza de mandarles, hijos vayan a jugar al parque, vayan a este lugar, sálganse a caminar, no, no se puede mandar, porque con tantas cosas que pasan...que ya los raptos, que los robos, no hay confianza ni con los chicos grandes ni con los chicos, los chiquitos. No hay confianza porque no se puede mandar, mi hijo grande no puede ir ni a las fiestas, porque uno por ahí es un poco mas morocho, por ahí en la fiesta lo agarran y lo matan. (...) y bueno, con todas esas cosas que pasan no se puede salir. En cambio en Bolivia los chicos salen, van a bailar, tiene la libertad de salir a caminar a todos lados, en cambio acá no es lo mismo. Y por eso digo, a ratos me da pena porque mis hijos están muy encerrados. Estan encerrados en la casa. Ya también si quieren salir un fin de semana, hace falta la platita. Eso es el problema que veo para los chicos, que están muy encerrados. Y que esta la droga por ahí, por todos lados, al menos entre los jóvenes”

Y es que, como señalábamos en el apartado anterior, debemos ser cautelosas, y no precipitar optimistas hipótesis sobre mujeres “liberadas”. Más allá de posibles ventajas respecto de los roles de género especialmente fragilizantes, estas mujeres, en sus contextos de migración, se enfrentan a nuevas situaciones de fragilización, (tales como la discriminación, la ilegalidad, los trabajos precarios, etc) que se articulan con, y refuerzan, las desigualdades de género existentes. Todas las mujeres con las que me relacioné declararon haber sufrido algún tipo de discriminación en hospitales, o escuelas, y experimentar dificultades con la tramitación de la documentación para la residencia en la Argentina. Asimismo, varias de ellas relataron haber sufrido experiencias laborales en las que fueron privadas de su libertad, se les retuvo documentación, y/o sufrieron acoso sexual por parte de patrones.

Otra dimensión interesante de analizar en la experiencia de estas mujeres es su participación en una organización política. Para muchas esta es la primera vez que participaron de un colectivo de estas características. Frente al imaginario que reduce la participación de mujeres de sectores populares, en organizaciones sociales y políticas, a una estrategia para la obtención de recursos materiales a través de redes clientelares, o a una extensión mecánica de su rol de “cuidadora”, colocando a las mujeres en un lugar político de pasividad, su experiencia muestra otras dimensiones.

“...estar acá (en el local) me despeja, toda la semana en el trabajo, y del trabajo a casa, y sólo veo a mis hijos. Entonces acá tomo un poquito de aire, charlo con ustedes, con las otras mamás, y aprendo mucho. Es decir, aprendemos unas de otras. Cada una con lo suyo, con su poquito de saber esto y aquello...” (Celina, 39 años).



“a mi me gusta que mis hijas vengan, porque las ven a ustedes, y así saben que se puede ser algo en la vida, tener conocimientos, algo mas que casarse y tener hijos...que ojo, hay que hacerlo también... quiero que mis hijas puedan elegir, por eso me gusta que venir acá, que vean que se puede ser diferente”. (Alvina, 32 años)

Pero a la vez, estas manifestaciones se cruzan con una realidad en la que estas mismas mujeres participan mayormente a través de roles tradicionales. Ellas comenzaron a reunirse a partir de hacer “la merienda” para los chicos, o buscar un plan asistencial para poder cuidar mejor de sus hijos. Esa experiencia es re-significada, entonces, de manera activa. Ellas, en tanto madres y cuidadoras pueden participar en espacios como la política, que de otra forma les sería negado. Cometeríamos un error si entendiéramos esta relación entre mujer y cuidados únicamente como una limitación impuesta por las construcciones sociales de género. Las construcciones de género se encuentran en constante reconfiguración, lo cual permite que estas mujeres, elaboren activamente estrategias que sin generar rupturas irreconciliables con los mandatos sociales de género, les den la posibilidad de resistir aquellos aspectos especialmente fragilizantes asociados a estos roles.

Para seguir pensando

Sin duda podemos afirmar que la emigración de estas mujeres está provocando cambios significativos en sus vidas, en su relacionamiento con ellas mismas, pero también con sus familias y la sociedad. Para algunas una primera experiencia de trabajo fuera del hogar o remunerado, para otras la relativa autonomía del control familiar, o la participación en alguna organización política o social. Pero estos cambios, que en algunos casos pueden significar efectivas mejoras en las condiciones de vida de las mujeres, en otras significan nuevas cargas, que las fragilizan aún más. Así, si bien algunos aspectos de la participación en organizaciones puede ser significada como un espacio de desarrollo personal, y a través del cual se construyen redes de reciprocidad, beneficios para las mujeres que no se reducen a la satisfacción de algunos bienes y servicios básicos para la familia, sino también para si mismas, reconociéndose “mujeres”, reivindicando derechos específicos, también significa una nueva jornada laboral. Y si bien no es poco frecuente que el involucramiento en las mismas se relacione a roles tradicionales de género, como el de madres cuidadoras, también, al competir por los tiempos, puede entrar en tensión con estos.

Las situaciones que enfrentan estas mujeres de sectores populares, migrantes en la Argentina, puede resultar altamente violenta. En este marco como investigadoras, mujeres, y activistas, resulta importante que busquemos visibilizar su situación, en el camino de transformar las condiciones de existencia que las construyen.



Sin embargo, no debemos confundir esta responsabilidad y transformarla en una relación “maternalista” o “esencialista” con estas sujetas. Hoy es muy frecuente que producto de políticas focalizadas estas mujeres comiencen a ser “sobre-visibilizadas”. Pero en estas escenas ellas aparecen como “víctimas pasivas” de la pobreza, el machismo, y la violencia; o como unas “otras culturales” a las que se mira con asombro, pena o aberración.

Siguiendo este razonamiento, debemos ser cautelosas, abandonar nuestras presunciones de “salvadoras” de otras (de clase o cultura) mas fragilizadas, abandonar, como dice Gregorio⁷, las dicotomías en términos de liberación/opresión. No me cabe duda de que ni todas las bolivianas son oprimidas, ni todas las argentinas están liberadas, pero tampoco creo que esta misma dicotomía si pueda aplicarse al caso de mujeres de sectores pobres y medios. En todo caso, el camino es de transformación, de crítica, de una experiencia dialógica, que permita que la investigación nos permita reconocernos también a las investigadoras como actoras, y constructoras de sentido.

⁷ Idem Nota 3.